

CAPILLA ALFONSINA

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

D. A. N. L.

El sueño de la Magnetizada.

¡Con qué ternura se amaban Julio y María!
Su amor era esa anhelada felicidad que
forma la ocupacion constante de nuestro ce-
rebro, la esperanza mas dulce de nuestro co-
razon. Su vida era siempre grata sin, llegar
á ser monótona.
¡Qué no habria hecho Julio porque nunca
empañase los ojos de María una lágrima!
María hubiera dado su existencia por evi-
tar á Julio el enojo mas leve.

Jamás mujer alguna llevó con mas razon el nombre encantador, sin igual, el rey de los nombres: María.

La niña era mas seductora que un ensueño, mas bondadosa que un ángel, mas tierna que una tórtola.

Julio era digno de ella.

Y sin embargo, un dia, aquel cielo de ventura en que solo habia brillado el astro del amor, que nunca habia nublado la más tenue sombra, apareció oscuro y triste.

María era demasiado bella, demasiado buena para que el mundo pudiera gloriarse de poseerla.

Julio no podia ser y hacer feliz á María sin que el mundo dejase de ser el valle del dolor y del infortunio.

María vió partir un dia á su amante para no volver más y la existencia de aquella jóven se agostó.....

He arrancado la última página de esta historia y os la he ofrecido como la primera de mi narracion.

No creais que pueda hallarse en estas líneas la complicada trama de una novela, ni el vivo interés que despiertan los dramas sociales, no; este es un rasgo del libro de la vida, la historia de un latido del corazon.

En una época como la presente, las almas soñadoras, los seres sensibles, hallan en la lectura de los cuadros de la vida del sentimiento, el oasis que en el desierto encuentra el cansado peregrino.

Breve será mi relato, como fué breve la duracion de la felicidad de Julio y de María.

Si habeis amado, leedme; pero si no sabeis sentir, os ruego que no tomeis en vuestras manos esta leyenda; os causaria risa lo que no podeis comprender.

El que no ha sentido una pasion violenta y desesperada, cree que están locos los que por su mal son víctimas de su corazon.

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E. I.

Así la vió Julio por vez primera, é inútil es decir, que desde ese instante la adoró con toda su alma.

María no habia hasta entonces conocido esa pasión sublime que todo lo avasalla y que embellece cuanto nos rodea; pero vió á Julio, comprendió la emoción que su presencia le habia causado, y los lazos del amor ataron ambos corazones.

Se amaron: realizaron en la vida el sueño constante de los poetas; se amaron, no con ese amor de los seres vulgares, sino con el amor profundo de las almas superiores.

Los padres de María supieron al punto aquel amor, y en vez de reprobalo, como con tanta frecuencia lo hacen los padres, creyeron que esa pasión era el único goce que á María faltaba en el mundo.

Los padres de María recordaban aún con placer las horas de su juventud, y no quisieron privar á la jóven de la ventura infinita que encierra amar y ser amado; para ellos el alma de María era una flor á la que solo

II.

La casa de María era el nido del amor.

Sus padres, bondadosos y amables, fundaban su delicia en el ángel que el cielo les habia dado como el mas precioso de los dones.

La casa en que habitaba María, tenia un jardín encantador. Frondosos árboles, fuentes bullidoras, aves de dulce canto y vistoso plumaje, todo habia en el jardín de aquella jóven candorosa y pura como un niño, que si se extasiaba á la orilla de alguna fuente ó vagaba por aquellas calles á que daban sombra las ramas entretrejidias, parecia la ninfa de aquel bosque ó la náyade de aquellas fuentes.

CAPILLA ALFONSIÑA

DE LA UNIVERSIDAD

D. A. N. D.

faltaba el perfume delicioso de un amor casto.

No amar, no hacer de dos almas una sola, no cumplir en la tierra con el mandato de Dios que ha puesto al hombre en el mundo para amar, era oponerse á las leyes de la naturaleza.

Enturbiar la fuente que retrata el cielo, cubrir las rosas del valle para que el céfiro no la bese, negar á dos jóvenes los goces del amor, era para los padres de María un crimen.

¡Qué felices eran entonces Julio y María!

Amar es la ley santa de la naturaleza: desde la flor hasta el ave, desde los astros hasta el hombre, todo dice que cuanto existe ha sido creado para amar, para sentir esa sublime atraccion que une á los seres.

III.

El padre de María era médico; pero mas que la ciencia de Hipócrates, merecia su constante estudio el magnetismo.

Yo creo que no ignorais hasta qué punto llega á apoderarse de algunos hombres la idea de la sublimidad y de los grandes resultados del magnetismo. Así, no extrañareis que os diga que el buen doctor se ocupaba poco de la medicina, si no era en sus relaciones con ese magnetismo tan ensalzado por unos, como vituperado por otros.

Para unos era un sábio, para otros un loco.

En las veladas del invierno entretenia las horas rodeado de su buena, de su angelical

CAPILLA ALFONSINA
D. A. N. D. I.

María, y de algun antiguo amigo, refiriendo los casos mas extraordinarios de la misteriosa ciencia ó recordando historias que solian parecer inverosímiles á sus oyentes, pero que él, puesta la mano sobre el corazon, aseguraba haber leído en alguno de sus autores favoritos.

María se sentía dominada por cierto terror inexplicable cuando escuchaba á su padre, y mas de una vez turbó la tranquilidad de su sueño la aparicion de algun magnetizado que hablaba de los sucesos que habian de tener lugar en el porvenir ó describia acontecimientos que se estaban verificando al otro lado de los mares.

Sin embargo, el doctor, fiel á sus principios de que debe respetar la opinion de todos, comprendiendo el carácter de su hija, no intentó convertirla en medium.

Jamás en presencia de su esposa ni de su hija tuvo lugar una sesion.

Un dia Julio obsequió al doctor con una obra sobre el magnetismo, la publicacion mas reciente sobre la materia.

La eleccion no pudo ser mas acertada.

Se abismó el doctor en la lectura del nuevo libro, y pasó dias enteros devorando sus páginas una y otra vez.

—María, ¿tendrías gusto en que yo te magnetizara? preguntó á su hija en cierta ocasion el doctor. Hasta hoy no te lo habia propuesto; pero encontrando ya que la ciencia ha llegado á su mayor grado de perfeccion, no vacilaria un instante en hacerlo.

—Si lo deseas;. pero te confieso que un presentimiento, preocupacion tal vez, me dice que he de ser víctima de esa ciencia que te cautiva, y me horroriza.

—Como á mí, exclamó la esposa del doctor, sin dejar concluir á su hija.

El doctor no repuso una sola palabra.

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. L.

IV.

La ventura continuaba sonriendo á Julio y á María.

Cuando el amor no es esa pasion del alma que hace de la vida un cielo, nada contribuye tan poderosamente á desvanecerlo como el trato frecuente; pero cuando es esa atraccion irresistible de dos séres que no pueden vivir el uno sin el otro, cada dia que pasa deja un lazo más que ata los corazones.

Julio no solo amaba con mayor ternura cada dia, sino que los goces del presente, aunque grandes, ya no bastaban á saciar la sed de goces que sentía su corazon.

Unirse á María para siempre; llamarla toda suya, era el mas vehemente anhelo de su alma.

Nada hay tan insaciable como el corazon enamorado.

Cuando aun no es correspondido nuestro amor, creemos que una mirada bastaria á hacernos felices; despues no vivimos sino para desear perpétuamente nuevos goces que á su vez tampoco nos satisfacen.

El que no ha experimentado esa ánsia, ignora lo que es el amor, ó mejor dicho, no ha vivido.

Pero los padres de Julio, aunque miraban con satisfaccion la cordura que habia tenido eligiendo á María para esposa, querian retardar el enlace, á causa de ser Julio todavía muy jóven, y le habian impuesto la condicion de que habia de hacer antes un viaje á Europa.

La idea de la separacion, aun cuando fuera por un espacio de tiempo corto, atormentaba á Julio, pero reflexionó en que era indispensable llenar aquella condicion de sus

padres; tan cruel para un amante, y resolvió emprender el viaje.

Julio, grado á grado, fué haciendo comprender á su amada necesidad tan dura, hasta que llegó el momento de la despedida.

Era una noche serena y perfumada del mes de Abril. La naturaleza entera decia amor. El cielo iluminado por la luna y bordado de estrellas, parecia un manto hermoso destinado á cubrir á los séres que cumplen en el mundo con la mas sábia y dulce de las leyes del Omnipotente.

¿Necesitaré describir aquella escena?

Ni el lector lo juzgará necesario, ni mi pobre pluma podria desempeñar tan difícil tarea.

Escenas tienen lugar en la vida, que saben comprender todos los hombres de corazon, pero que nadie puede expresar.

Julio partió con el corazon desgarrado.

Del alma de María se apoderó la melancolía, y llegó á divinizar, por decirlo así, su semblante.

V.

El primer dia de la ausencia de Julio sintió María caer la primera gota de hiel sobre su corazon.

La vida de la hechicera jóven se habia deslizado hasta entonces tranquila y serena; mas crueles sinsabores le aguardaban.

Misterios hay que en vano pretende descifrar la inteligencia del hombre. Nada existe que embellezca tanto á una mujer como la tristeza. Cuando la luz de su mirada revela el dolor del amor; cuando parece que de sus ojos va á desprenderse una lágrima mas valiosa que la mas bella sonrisa, puede decirse que la mujer se trasfigura en ángel,

que hay en ella algo de la Divinidad, algo que nos hace entrever un cielo.

Las vírgenes de Vinci no fueron nunca tan hermosas como María en los amargos días de la ausencia.

Ya no corría alegre y bulliciosa en el jardín: si á él bajaba, era para sentarse á orillas de la fuente á aumentar su raudal con sus lágrimas.

De noche, cuando el astro de la tristeza y los recuerdos brillaba en el cielo, María lo contemplaba y le pedía noticias de su amado ausente.

¿Dudaba acaso de la fidelidad de Julio?

¡Imposible! María juzgaba el corazón humano por el suyo; para ella el olvido era una palabra inventada por la maldad de algún hombre.

En efecto, cuando el alma adora á un sér, se vuelve candorosa. ¿Cómo atribuir á la persona amada la mas fea de las manchas del corazón humano, la ingratitude?

Los padres de María no tenían otro pensamiento que endulzar las horas de su vida.

Complacerla hubiera sido su mayor delicia, pero, ¿acaso necesitaba María satisfacer algún deseo?

Su voluntad hubiera sido omnipotente; á ella nada faltaba si no era el objeto de su amor.

María dejó de amar á las flores. ¿Sabeis por qué?

Porque habian brotado sin que Julio las mirase, y su perfume no podia llegar hasta él.

Entonces reconcentró su cariño en un canoro ruiseñor; le escuchaba horas enteras, porque creia así oír la voz de su amado ausente.

Nada de esto era un misterio para el doctor, que continuaba entregado con fanatismo á su ciencia favorita, y concibió una idea para aliviar el pesar de su hija; magnetizándola, decia él, verá y hablará á Julio.

Pero, ¿cómo lograr que María consintiera?

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

VI

Si María era bella, las obras de sus manos eran dignas de su beldad. No había preciosidad de esas que forman los adornos de las casas en el estilo moderno, que la inteligente niña no supiese hacer con admirable perfección.

Al ausentarse Julio, se propuso María ir preparando algunos objetos para obsequiarle el día de su vuelta; y, ¿por qué no decirlo? para adornar el hogar, el amoroso nido que el destino les concediese.

María trabajaba en tan grata ocupación horas enteras, y sus padres, creyendo que así se distraía de sus tristes pensamientos, la dejaban entregada á esas labores.

Un día la madre de María estaba en el templo, el doctor en su estudio, María bordaba.

De repente lanzó la joven un grito agudo, y los criados de la casa y el doctor que también lo percibió, acudieron al sitio en que estaba María.

En uno de los blancos y pulidos dedos de la joven se había clavado una aguja finísima que imposible era ya sacar sin hacer una gran incisión en aquel dedo delicado.

María lloraba de dolor, y cada queja, cada lágrima suya, taladraba el corazón de su padre que la adoraba tanto.

Agotó el doctor todos sus recursos; pero en vano.

María, á pesar de la dulzura de su carácter, presa de extraño capricho, á todo se negaba. La idea de que la cloroformasen la asustaba; temía quedarse muerta.

Cuando volvió del templo la madre de María, creció la confusión: la buena señora lloraba como si hubiese llegado el último instante de su hija.

—María, dijo entonces el doctor; ¿consentirías en que yo te magnetizase para hacer la operacion, sin sufrir tú dolor alguno?

María vacilaba; el doctor le dió mil razones, y viendo que ya conseguía su objeto, díjole al oído:

—No solo te librarás de tan agudos dolores, sino que podrás ver y hablar á Julio.

—Consiento, padre mio; repuso María sollozando.

El doctor hizo salir de la habitacion á todas las personas que allí estaban.

La madre de María se retiró tambien, preocupada hondamente, como previendo una desgracia.

VII.

Distintas emociones agitalan al doctor y á su hija.

Para él era un positivo triunfo el que habia alcanzado, y esto le consolaba, pues extraeria sin dolor aquel cuerpo extraño.

María, que tanto anhelaba ver á su amante, habia vencido sus temores, sus preocupaciones, y se dejó magnetizar.

Tanto alcanza el amor!

Inútil creo detenerme á describir la escena del magnetismo.

Muy pocos, tal vez ninguno de mis lectores habrá dejado de presenciar alguna vez ese acto en que comienza el espectador pro-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. D. I.

fano por sonreír maliciosamente y acaba por asombrarse.

María quedó dormida.

Entonces el doctor tomó sus instrumentos y con admirable tacto extrajo la aguja y vendó el dedo de su hija, sin que ésta dejase percibir el más leve movimiento.

Los ojos del doctor brillaban revelando su satisfaccion; el triunfo habia sido completo.

Iba ya á dirigir alguna pregunta á su hija, cuando ésta dió un grito doloroso.

—¿Qué vés, hija mia? ¿Por qué te agitas? preguntò el doctor.

—Veo, respondió María con voz entrecortada por los sollozos, veo el mar, irritado espantosamente; en medio de ese mar cuyas olas se elevan hasta el cielo, hay una gran nave que parece que vá á sumergirse. Las olas se precipitan como montañas que se desploman sobre aquella desgraciada gente que vá en la nave. Los pasajeros, sobre cubierta, lanzan gritos de desesperacion entre ellos está Julio, Julio! Ha sacado una pistola; vá á darse la muerte para no ha-

llar otra mas espantosa en el fondo del océano! ¡Dios mio! ¡Julio ha dejado de existir!

Imposible me seria trasladar aquí la triste escena que siguió á esta vision de la magnetizada. El doctor se mesaba los cabellos; María habia quedado como insensible.

Salió el doctor de su aturdimiento, y haciendo supremos esfuerzos consiguió que María recobrase el sentido. Al despertar, dirigió la jóven una mirada sombría á cuanto la rodeaba, como quien busca con temor alguna cosa.

El doctor sacó su cartera y apuntó la hora y el dia en que estabau, sin atreverse á hablar á su hija.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA
U. N. E.